

"En los asuntos de mi Padre me es necesario estar" (Lc. 2:49)
Sal. 119:97-104; 1 Re. 3:4-15; Ef. 1:3-14; Lc. 2:40-52

Hohenau,
Cap. Miranda.

Introducción

Queridos hermanos, feliz año nuevo 2015. Hemos dejado atrás el año 2014, y podemos preguntarnos, ¿qué es lo que quedó atrás? Si hacemos una evaluación del año que pasó, ¿qué dejamos atrás? ¿Cómo nos encuentra el año nuevo 2015? El texto del evangelio nos dice que José y María retornaban de Jerusalén a su hogar en Nazaret, cuando de repente se acordaron qué algo, o mejor dicho, a alguien, habían dejado atrás, en Jerusalén. ¿Qué es lo que José y María habían dejado atrás, qué es lo que olvidaron? ¡A Jesús! Por eso retornaron a Jerusalén a buscarlo. Habían dejado atrás a Jesús, y ni siquiera se habían dado cuenta.

1. En los asuntos

Uno puede preguntarse cómo es posible olvidarse a su propio hijo, ¡qué padres irresponsables, no les parece! Bueno, para aclarar lo que pasó, debemos saber primero que antes, cuando los hebreos iban de peregrinación a Jerusalén, y cuando regresaban a sus hogares, los adultos varones iban adelante, al frente de la caravana, y las mujeres detrás. Los niños iban entre medio, protegidos por los mayores. Entonces José pensaba: "Seguramente mi hijo Jesús está con María, su madre". Mientras tanto, María pensaba también: "Seguro mi hijo está con su padre José". Eso hoy día también pasa en la iglesia, cuando cada uno piensa: "Seguro sabe la doctrina cristiana, tiene la Biblia y el catecismo. Seguro en casa se lee la Biblia en familia, se hace la oración de la comida en familia. ¡Pero cuántas veces nos llevamos una sorpresa! Gente que uno pensaba que sabe la doctrina, y ni siquiera sabe los Diez Mandamientos. Hermanos en la fe que participan de las sectas, y están dos veces bautizados, y uno se sorprende, y se pregunta, ¿por qué? El evangelio de este domingo nos ofrece la respuesta. Porque nos pasa como les pasó a José y María, que decían: "Seguro Jesús está con él, o ella". Pero Jesús no estaba allí. Habían dejado atrás a Jesús, lo olvidaron. Así pasa también en la iglesia: Cuando suponemos que Jesús está, puede ser que nos llevemos la sorpresa de nuestra vida, y es que esas personas dejaron a Jesús, no por maldad, pero sí por un descuido. Este descuido consiste en dejar de velar por la sana doctrina, y no revisar una y otra vez lo que la Biblia, el Catecismo decían al respecto. Pero el texto del evangelio de hoy también nos ofrece la oportunidad de arrepentimiento. Este arrepentimiento sincero consiste en verdadera contrición, es decir, en verdadera desesperación por el descuido cometido, como seguramente les pasó a José y María, y volver otra vez a Jerusalén a buscar a Jesús. Cuando nos arrepentimos de nuestros pecados, y confiamos en que Jesús murió por nosotros en la cruz del calvario por nuestros pecados, eso es como volver a Jesús, y encontrarlo donde él verdaderamente está. En el caso de María y José, después de tres días lo encontraron en el templo de Jerusalén rodeado de los maestros y doctores de la Ley. Así también nosotros, tenemos en la iglesia los llamados "centros litúrgicos", es decir, el púlpito, la pila bautismal y el altar, que nos recuerdan dónde encontrar a Jesús y de qué manera: en su santa Palabra predicada y enseñada a través de los ministros que él mismo ha llamado por medio de su iglesia; en el sacramento del santo Bautismo, que nos ha regenerado, nos hecho nacer de nuevo y en él Dios Trino nos ha incorporado al reino de los cielos; y en el sacramento del altar, o la santa cena, donde Jesús en persona me entrega su propio cuerpo y su propia sangre, en el pan y el vino, la mismos que fueron entregados por mí en la cruz, para recibir de él el regalo eterno del perdón de los pecados, la vida y la salvación eterna. En estos "centros litúrgicos" Cristo mismo se revela, se da a nosotros y nos muestra dónde y cómo él está presente en su iglesia hasta el fin de los tiempos: en la palabra de Dios, el santo Bautismo y la santa Cena.

Sin embargo, debemos reconocer y pedir perdón a Dios, toda vez que como cristianos, como hijos de Dios, somos lerdos, y demoramos en buscar a Jesús en estos "medios de gracia" de la Palabra y sacramentos. Muchas personas buscan a Jesús hoy día por sus milagros de sanidad, otros buscan a Jesús por el bienestar económico, y otros buscan a Jesús por fama personal. José y María tardaron en encontrar a Jesús tres días. Dieron vueltas y vueltas por Jerusalén. Buscaron a Jesús en la carnicería, pero él no estaba

allí; buscaron a Jesús en el almacén; pero él no estaba allí; buscaron a Jesús por los callejones, donde juegan los niños, pero él tampoco estaba allí. ¿Dónde puede estar Jesús!, se preguntaban angustiados. María y José, inclusive, se habrán dicho: “Lo hemos educado bien, ¿cómo nos puede Jesús hacer esto? Le hemos dado todo lo que como padre pudimos: comida, un hogar, amor, comprensión, hasta hemos viajado a Egipto para proteger su vida de Herodes, le hemos enseñado los mandamientos de Dios, el Credo o Shemá hebreo de Deuteronomio 6:4-9, lo hemos llevado cada sábado a la sinagoga, le brindamos amor y comprensión, ¡cómo Jesús nos puede estar haciendo esto! Oh Dios, ¿en qué hemos fallado como padres?” Entonces, José y María, fueron al templo para pedir a Dios que los ayudase a encontrar a su hijo Jesús. ¡Qué gran sorpresa se llevaron, cuando encontraron a Jesús allí mismo, en el templo! Entonces su madre María le dijo: “Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia. Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Lc. 2:48-49).

Jesús les dice: “En los negocios de mi Padre”; traducido correctamente es “en las cosas de mi Padre”, “en los asuntos de mi Padre”, allí estoy yo. La palabra traducida por “negocio” en la versión Reina-Valera no se ajusta al significado original del texto, sino la palabra “cosas” o “asuntos”. También cabría traducir por “casa de mi Padre”. En otras palabras, Jesús les decía a sus padres lo siguiente: “¿Por qué me estuvieron buscando por tantas partes? Uno sólo es el lugar dónde me iban a encontrar: en los asuntos o en la casa de mi Padre, es decir, ¡el templo!

La vida de Jesús está muy asociada al templo. Por ejemplo, Jesús es presentado en el templo a los cuarenta días de nacido (Lc. 2:22-38); satanás tienta a Jesús que se arroje del templo (Lc. 4:9-11); Jesús purifica el templo de Dios de toda idolatría, arroja las monedas de los vendedores al suelo y los expulsa afuera, diciéndoles: “Mi casa será una casa de oración, pero ustedes la han convertido en una cueva de ladrones” (Lc. 19:46); y también “Jesús enseñaba al pueblo en el templo y anunciaba el evangelio” (Lc. 20:1a). También nosotros tenemos la “catequesis en el templo” mensualmente. Pero varios de ustedes no vienen. Si no quieren aprender la palabra de Dios y la sana doctrina, ¿para qué me llamaron?

2. De mi Padre

Jesús dice a José y María: “En los negocios de mi Padre”. Jesús no dice “nuestro Padre” sino “mi Padre”. Esto es una clara referencia de Jesús a su naturaleza divina, que él es Dios. Pero Jesús, como niño, tenía una vida tan normal, que incluso sus propios padres parecía que se olvidaban que Jesús era el Hijo de Dios. Este relato del evangelio de hoy nos recuerda que Jesús, siendo Dios, asumió nuestra naturaleza humana, dejando de lado los privilegios que tenía como Dios, y no tuvo problemas en humillarse y ser y vivir como un ser humano completo de carne y hueso, pero sin pecado. Ahora bien, en este “estado de humillación”, Jesús de vez en cuando, del modo y la manera que él consideraba mejor, manifestaba o daba a conocer la majestad divina que poseía. Jesús no había dejado de ser Dios, pero su vida aquí en la tierra era tan normal, tan corriente, tan poco extraordinaria a los ojos de la gente, que incluso sus padres inclusive parecía que se olvidaban de que era el Hijo de Dios. De la misma manera también nosotros, llevamos una vida similar a la de Jesús en la tierra. No es una vida extraordinaria la nuestra aquí en la tierra, llevamos una vida normal y corriente, y así debe ser, porque Jesús vivió de igual manera. Pero lo diferente y exclusivo en nosotros, es la fe cristiana, la Palabra de Dios, el Bautismo y la Santa Cena. Estas son las señales vivas y permanentes que nos recuerdan quién en verdad somos, de dónde venimos y a dónde vamos: que somos hijos de Dios, el pueblo de Dios, la iglesia, y vamos caminando juntos rumbo al cielo. ¡No te olvides de esto en el 2015, querido cristiano! Puedes mirar hacia el futuro con fe y esperanza, porque el amor de Dios en Cristo Jesús, por sola gracia, absolutamente en base a los méritos, obra y sacrificio de Cristo en la cruz, nos ha abierto el camino al cielo. De tal manera que él ha resucitado de entre los muertos, y vive reina por la eternidad, así también yo mismo debo estar seguro de que la promesa del Padre celestial nunca vaya, y que yo también soy un hijo amado de Dios, un hijo adoptado en Cristo por amor, y que lo que Cristo ha logrado por mí, ahora me pertenece, así como él ha recibido y tomado todos mis pecados en la cruz, para que yo reciba en su lugar el perdón completo de mis pecados y la vida eterna. Esto es lo que san Pablo dice a los Efesios:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, (Eph 1:4) según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” (Ef. 1:3-6).

3. Me es necesario estar

Finalmente, Jesús les dice a sus padres: “en los asuntos de mi Padre me es necesario estar”. Jesús no dice “tengo que estar en los asuntos de mi Padre”; dice algo diferente: “me es necesario estar”. El deber y la necesidad son dos cosas diferentes. Una cosa es decir: “Tengo que ir al *Gottesdienst*” (servicio divino), y otra muy diferente es decir: “*Necesito ir al Gottesdienst*”. Jesús nos enseña que la verdadera adoración se basa en una relación de Padre a hijo, incondicional. Mi relación con Dios, mi presencia en el culto, o en las reuniones en la iglesia, o los estudios bíblicos, no puede basarse apenas en el tercer mandamiento que dice “Santifica el día de reposo”. Yo mismo pasé por ese cambio, esa transformación en mi vida, cuando dejé de pensar “tengo que ir al culto”, y comencé a pensar diferente “Yo necesito ir al culto, encontrarme con mi Padre del cielo, con mis hermanos en la fe, recibir de Dios su bendición en la palabra y sacramentos”. Como meta para el año 2015, yo también sueño y espero que cada miembro de esta congregación y parroquia, cada padre, madre, joven y niño, pueda decirse en su corazón: Mi relación con el Padre celestial, es una relación de padre a hijo. Yo necesito encontrarme con mi Padre en Cristo en el servicio de adoración y en la catequesis. Sueño y ruego a Dios por esto, para que se cumpla en tu vida lo que dice el salmista: “*¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca*” (Sal. 119:103). Y sueño y ruego a Dios también, para que el Señor nos conceda sabiduría, como pidió Salomón al Señor, y de esta manera en este año 2015 poder distinguir lo bueno de lo malo, lo que conviene de lo que no conviene hacer, la verdadera y sana doctrina de la falsa y mundana. El Señor nos conceda su divina gracia. Amén.